

«NUNCA HEMOS VISTO UNA COSA IGUAL» (Mc 2,12)**INTRODUCCIÓN - 3. «QUÉ GRANDE HA DE SER ESTE YO HUMANO, AMIGO MÍO» (CH. PÉGUY)**

«No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido» (Jn 15,16)

por Pierluigi Banna*

Al igual que aquella mujer enferma, tenemos dentro de nosotros el motor que mueve el mundo, que nos salva del aburrimiento, que impide que nuestra vida se reduzca a un elenco de cosas que hay que hacer, que hace de nuestra vida algo que nunca hemos visto. Por eso todos somos bienvenidos esta noche, porque tenemos a nuestra disposición tres días en los que libremente podemos expresar todo nuestro deseo, sin tener miedo de los juicios de nadie y, como aquella mujer, podemos gritar: «¡Ayúdame!».

Entre los aquí presentes no todos sois católicos, hay gente de otras religiones, también hay gente que no cree, pero, como me habéis escrito en las contribuciones, todos estáis aquí porque habéis dado un mínimo de crédito a este deseo de encontrar algo que valga para la vida.

Esta era y es la fuerza de Cristo: extraer de los escombros de las desilusiones y de las traiciones todo el deseo del hombre, ¡volver a despertarlo! Por eso Jesús –esto es lo verdaderamente impresionante– no se conforma con curar a aquella mujer, sino que la busca entre la multitud, quiere conocerla. Y ella está atemorizada porque piensa que la denunciará delante de todos. Todos descubrimos el mal que ha hecho, el error que ha cometido tocando Jesús. En cambio, Jesús la llama para decirle que su deseo es grande, que su deseo es justo. Por eso le dice: «Hija, tu fe te ha salvado». Como dice la frase de Péguy que encontráis en la página 10 del Cuadernillo**, es como si le hubiese dicho: «Mujer, *tu humanidad es tan grande, es tan grande que ha disturbado el mundo del infinito. Un Dios, amiga mía, se ha disturbado, se ha sacrificado por ti*». La traición, la derrota, el juicio, la impotencia o la desilusión no importan; todas estas cosas desaparecen delante de esa mirada. Cristo da la vida para sacar de las ruinas de las traiciones y de las desilusiones el deseo de esa mujer y de cada hombre: «No eres tú el que te has equivocado al buscarme, no eres tú el que me buscabas, sino que era yo el que te esperaba». «No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido» (Jn 15,16). Es lo que me gustaría deciros a cada uno de vosotros esta noche: hay »

* Introducción al Triduo Pascual de Gioventù Studentesca, Rímìni, 13 de abril de 2017.

** El cuadernillo «*¡Nunca hemos visto nada igual!*» contiene los pasajes citados a lo largo del Triduo Pascual y se puede [descargar en formato PDF](#).

» alguien que os espera aquí. ¿Para qué? Para deciros, como dice el Papa en la entrevista de esta mañana: «¡Ánimo, ven! Ya no estás descartado, ya no estás descartada: yo te perdono, te abrazo» (Francisco, «Il Papa degli ultimi», entrevista de P. Rodari, *la Repubblica*, 13 de abril de 2017), tu deseo es grande.

Es lo que cuenta un preso amigo nuestro en un libro que os aconsejo a todos que leáis, también porque tiene muchas fotos y poco texto, un libro que recoge los tatuajes con motivo religioso de los presos. Maximiliano cuenta que se había hecho tatuar en un brazo esta frase: «Mejor señores del infierno que esclavos del Paraíso». Mejor señor de ese infierno que era su vida, antes que esclavo de todos los falsos paraísos que le habían prometido y que le habían llevado a la cárcel, como nos decía también nuestra amiga que hemos citado hace poco. El problema es que al final ha terminado en la cárcel y se ha dado cuenta de que ya no es señor ni siquiera en ese infierno que era su vida. De hecho, como podéis leer en la página 11, Maximiliano le cuenta a un preso más joven lo siguiente: «He asesinado a mis hermanos, pero mi condena no es la cadena perpetua, mi condena es ser consciente... Luego, cuando eres consciente, miras a Dios a la cara y ves que te ama como el primer día» (*Cristo dentro*). Y por eso, después de que él, como aquella mujer, se ha descubierto amado como el primer día, ha hecho que le cambien el tatuaje: «Mejor señores del paraíso que esclavos del infierno». Porque es demasiado bello estar con quien libera tu deseo, antes que ir detrás de estos infiernos.

Es lo mismo que le ha sucedido también a un amigo nuestro, sobre el que no han vencido el malestar consigo mismo y la traición gracias a una mirada de amor que le esperaba: «Hace poco tiempo he pasado un periodo de un mes en el que he estado muy mal: había empezado a hacerme daño otra vez. Toda esta tristeza venía de que, a escondidas de mis padres acogedores, me había visto con mi madre biológica y habíamos empezado a pelear. Ella me había dicho cosas muy gordas: que mi padre no era mi padre, sino mi padrastro, que yo había nacido fruto de una violación y que habría querido abortarme. Estaba destrozado y no era capaz de hacer nada, pero conseguí salir de ahí gracias a la misa en memoria de don Giussani, donde durante una lectura me impresionaron las palabras en las que Dios dice: “Aunque una madre se olvidara de su hijo, yo no te olvidaré” (cf. Is 49,15). En aquel momento me sentí llamado, directamente, como si Dios me hubiese dicho que Él estaba, que Él me amaba, que estaba conmigo justamente en esa situación. Salí de la misa diciendo para mis adentros algo impensable: “Alabado sea Jesucristo por haber nacido de una violación”, como dando gracias a Jesús por todo lo que me había sucedido, porque gracias a esto he descubierto qué es de verdad el amor de Dios».

También nos gustaría a cada uno de nosotros –como a aquella mujer, como al preso, como a nuestro amigo–, frente a nuestra traición, frente al sentido de abandono y de traición que experimentamos, ser alcanzados por la mirada de Jesús, la misma de su última noche de vida sobre esta tierra. Frente a la traición de Judas, así como delante de todas las traiciones de la vida, Cristo comprende que solo puede hacer una cosa: dar la vida por él, dar la vida para que también el deseo de Judas pueda renacer, dar la vida para que el deseo que cada uno de nosotros pueda renacer.

Cristo sigue mirándonos a cada uno como miró a aquella mujer enferma, como han sido mirados el preso («te ama como el primer día») y nuestro amigo, y nos dice: «No has nacido por error, yo te he elegido, te he preferido y doy la vida por tu deseo, para que tú ya no seas esclavo y te veas traicionado por las pretensiones de los demás; para que tú ya no seas esclavo del infierno, sino señor del Paraíso».

Escuchemos el pasaje del Evangelio en el que Jesús habla de cómo da la vida.

«Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; lo mismo que yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Os he hablado de esto para que mi alegría »

» esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud. Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor: a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer. No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca. De modo que lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo dé. Esto os mando: que os améis unos a otros» (Jn 15,9-17).

Ahora vamos a celebrar la misa, el gesto que Cristo instituyó hace dos mil años en esta noche, la noche antes de morir, para que todos los hombres pudiesen seguir tocándole como le tocó la mujer enferma, como le ha tocado Maximiliano el preso, como le ha tocado nuestro amigo. En esta misa, que se celebra en todo el mundo, queremos recordar de forma especial a nuestros hermanos egipcios que, estando en misa el domingo pasado, derramaron su sangre a causa de una bomba colocada bajo un banco, al igual que Cristo dio su sangre y su cuerpo por nosotros.

En estos días se producirá en todos nosotros una lucha continua entre el prejuicio que tenemos sobre nosotros mismos, entre lo que nos hace pensar que hemos fracasado en la vida, entre el hecho de no gustarnos, entre ser esclavos de la opinión que tienen los demás sobre nosotros y el deseo de que nuestra vida sea algo grande, algo nunca visto. Una lucha entre el prejuicio y el ansia de vida que descubrimos en nosotros y que nos hace gritar: «¡Ayúdame!», «¡Cúrame!». Pensad en la hemorroisa, esa mujer que perdía sangre: también ella vivió esta lucha, tuvo que dejar a un lado las opiniones de las vecinas y de todo el pueblo, lo que había leído de las leyes de Dios, tenía que vencer sus remordimientos y su vergüenza y dejar que prevaleciera únicamente el deseo, abriéndose paso decidida entre la muchedumbre, yendo derecha hacia una sola meta, un solo objetivo: tocar a Jesús, gritarle: «¡Ayúdame!».

¿Cómo se llama este dejar a un lado las opiniones de los demás y nuestros prejuicios para dejar que prevalezca este deseo? ¿Cómo se llama esta actitud –porque se trata ante todo de una actitud–? Se llama «silencio». El silencio no es el mutismo, sino que es poner delante de todo, delante de todos los prejuicios y las confusiones de nuestra mente este deseo, hacer que prevalezca solo este deseo. Esta es la condición – pensad en la hemorroisa, que se pone en marcha decidida a buscar a Jesús, a no dejarse distraer por lo demás– que pedimos que respetéis físicamente en algunos momentos de estos días. Os lo pedimos para dar voz a ese deseo, muchas veces fastidioso, y sin embargo tan grande que llega a “disturbar” a Dios. Pero es una actitud que hemos de llevar con nosotros también cuando nos acostemos cada noche, cuando estemos entre nosotros y comamos juntos, cuando estemos en la playa o durante el tiempo libre. Pedimos una actitud de silencio para no dejar que prevalezcan nuestros comentarios, sino este deseo único en el mundo. No estamos aquí para perder el tiempo, sino para tocar a Jesús, para ver si aquí hay Alguien que puede curarnos. Somos verdaderamente afortunados, porque en estos días podemos gritar toda nuestra necesidad de ser curados. Por eso cantamos ahora *Cry no more*, porque estamos contentos de estar aquí, de ser bienvenidos, porque ya no hay que llorar más, porque «eras esclavo y ahora eres hijo. [...] Te espera una fiesta que es toda para ti». Nos ponemos en pie.

Cry no more